

El verano se había presentado con un ímpetu avasallador desde comienzos de abril, los castaños de enfrente de la Alameda del Circo habían echado hojas y flores, que se mezclaban, tiernas, con un cielo azul inmaculado, de tal manera que la ceremonia en la que Mircea fue nombrado pionero lo sorprendió en pantalones cortos. Las ventanas de la clase estaban abiertas de par en par y como él se sentaba en la fila de la ventana, su camisa blanca ondeaba suavemente sobre su cuerpo, delgado como el de un niño un año más joven. El chiquillo se contaba entre los más bajos de la clase, era morenito y silencioso, de tal manera que en la lista que habían elaborado las chicas de clase, él había quedado entre los últimos aunque era un buen alumno, algo que, en cierto modo, contribuía también a la belleza. A este respecto, de todas formas, no se hacía ilusiones. Su madre le había dicho ya bastantes veces que no era guapo sino «así así, como tantos otros chavales». «¿Es que yo era guapa? ¿O es que tu padre era guapo? Entonces ¿cómo vas a salir tú guapo? ¡El alma tiene que ser guapa, eso es lo más importante!» Pero ahora, de pie entre sus compañeros de clase, a los que conocía al dedillo, esperando entre niños provistos de banderas, se sentía distinto. Parecía

brillar. En el estrado, colocadas unas sobre otras como láminas de hojalde, estaban las diez corbatas de pionero, una de las cuales sería solemnemente anudada a su cuello. Junto con la camisa blanca, que no había vestido nunca antes y que había buscado la víspera con su madre por todo Lipsani, la corbata lo transformaría de repente en otra cosa, en pionero, es decir, en uno de los niños mayores que podían participar en las maravillosas reuniones del destacamento. Desde la ventana del aula pero, sobre todo, asomados en los recreos a los barrotes de las ventanas del vestíbulo, los más pequeños, los del primero y segundo curso, miraban muchas veces los cuadrados del patio de la escuela, entre las dos porterías de balonmano, donde cientos de alumnos vestidos de pionero, con gorras blancas provistas de una insignia, cantaban canciones de pioneros y saludaban cuando llegaban las banderas. Luego tenía lugar algo solemne y misterioso: los presidentes del destacamento se colocaban al frente, se alineaban y, cuadrándose, informaban por orden a la comandante de unidad, una chica de séptimo con unas trenzas largas prendidas en bucle, como las orejas de un perro, con unos lazos grandes y blancos. Ella había interpretado también el papel de Lizuca en la fiesta de fin de curso, el verano pasado, bajo la carpa del Circo. La comandante de unidad, por su parte, se volvía hacia el camarada Preda, el de geografía, que, cómicamente, lucía asimismo para la ocasión una corbata de pionero y, saludándole a su manera, de forma distinta a los soldados, como si se protegiera los ojos de un sol demasiado intenso, le ofrecía el informe. Porque el camarada Preda era también el instructor de los pioneros de su escuela. Mircea pensaba que había que ser muy listo para poder llevar a cabo todo esto, y creía que las palabras del informe propiamente dichas, que no se oían jamás, eran una especie de fórmula mágica, como en los cuentos. Estaba deseando convertirse en pionero. Casi todos lo hacían en segundo, al final del curso, cuando cumplían ocho años. Solo que los que no habían alcanzado la edad o eran malos estudiantes, los que tenían que repetir curso como Strinu, un gamberro, o como Ion Puică, el gitanillo con el que compartía pupitre (porque colocaban a los buenos alumnos junto a los más flojos para que los

ayudaran a estudiar, se quedaban con ellos en los recreos y después de las clases para meterles en la cabeza unas lecciones que no había manera de que aprendieran), tenían que esperar hasta tercero o incluso cuarto. Muy pocos, los peores, como Porumbel, llegaban hasta octavo sin la corbata al cuello. Pero Porumbel insultaba a los profesores a la cara, fumaba y se casó en octavo, así que la escuela se había librado de él.

La puerta se abrió de repente y en clase entraron dos chicos y dos chicas mayores, de los que estudiaban en el turno de tarde,¹ portando las banderas, una roja y otra tricolor, las enarbolaban de forma extraña, en cierto modo incómoda, y una corneta y un tambor, que resultarían ser, para decepción de los chavales, mero adorno. La profesora, la camarada Dogaru, chistó secamente y luego dio el tono de la canción. Mircea se alegró cuando escuchó: «República, tierra grandiosa». Era el cántico pionero que más le gustaba porque era lento y solemne, no saltarín como otros. Estaba emocionado, sabía que se trataba de un momento importante para él, por eso intentó cantar un poco aunque sabía que, al igual que otros sin oído musical (Puică, por ejemplo), debería conformarse con fingir que cantaba. Por lo demás, el gitanillo, al que veía por el rabillo del ojo, ni siquiera disimulaba, miraba las moscas del techo. Él, de todas formas, no sería nombrado pionero aunque hubiera cumplido tres años antes la edad adecuada. Pocos días antes, en clase de rumano, les había tocado la lección de la ancianita, una pobre mujer que, cargada de cestos, se resbala en invierno en una placa de hielo y unos niños, que volvían precisamente de la escuela, la ayudan a levantarse. Pero, cuando le llegó el turno a Puică, dijo: «¡Y la ancianita se resbaló de repente en una plasta de hielo!». Y encima se reía de su propia estupidez. En la revisión médica le encontraron «crías» en la cabeza, al igual que a Fleşeriu, que llevaba un uniforme que parecía un trapo de fregar, y los mandaron a ambos a casa para que se

1. El elevado número de alumnos y la ausencia de centros educativos tenía como consecuencia que en la misma escuela estudiara el alumnado en dos turnos, por la mañana y por la tarde. (*Todas las notas son de la traductora.*)

frotaran el pelo con petróleo. Así que a Puică le daba todo igual. Sin embargo, lo que más le asombraba a Mircea era que los chavales de las banderas, el tambor y la trompeta, alineados detrás de la profesora, eran de un descaro increíble: los abanderados se clavaban las puntas de las banderas en el trasero, el del tambor le arreaba a la trompetista en la cabeza con uno de los palillos y esta le clavaba la boquilla en la espinilla... No paraban quietos. El del tambor tenía el cabello rojo como la bandera y no dejaba de hacer muecas para que los de la clase se rieran. A veces, sospechando algo, la camarada se giraba de repente, pero no consiguió pillarlos porque los muy sinvergüenzas estaban bien entrenados y adoptaban al instante una postura solemne. Aunque sabía que los alumnos tenían que amar a su maestra, que era como una segunda madre, Mircea no quería demasiado a la camarada Dogaru. En primer lugar, a él le daban miedo las tijeras desde que su madre le había reñido porque se había encontrado tres metros de goma para bragas hechos pedacitos, por no mencionar la hazaña con la falda, en Floreasca. Y era imposible imaginar a la maestra sin unas tijeras en ristre. El primer día de cada trimestre ponía a los chavales en pie y hundía los dedos en sus cabellos. Si el pelo sobresalía de los dedos (¡madre mía, qué finos, con unos anillos con los que les golpeaba de vez en cuando en la cabeza!), los sacaba a la pizarra, así que enseguida toda una fila de críos infelices, «los melenudos», que apenas llegaban al borde de la pizarra, llena de borradores desgastados y trozos de tiza, se alineaban hombro con hombro, para alborozo de los otros alumnos. La camarada sacaba entonces unas tijeras enormes, bien engrasadas, las abría y cerraba terroríficamente ante sus narices y les hacía una cruz en la cabeza, pinchándoles adrede y desperdigando por el suelo los ricitos de cabello oscuro. No les quedaba otra que raparse el pelo al cero, para mofa y befa de toda la escuela. La camarada no utilizaba aquellas tijerotas solo en sus cabezas. En la clase de aritmética hacían los cálculos con setitas y conejitos que ella recortaba sin cesar sentada a su mesa. No podía parar de trocear. Parecía el famoso Ciopârtilă de uno de los libros de Mircea: «Queridos niños, en esta hoja / os presento a Ciopârtilă, / corta todo sin parar / hasta

sus dedos trozar». La camarada, es cierto, no se cortaba los dedos, pero los niños sí, porque en las clases de manualidades ellos también trabajaban con tijeras. Tenían que comprar papel charol, que se vendía en tacos de cinco colores: rojo, azul, verde, amarillo y negro. En el reverso de las hojas dibujaban verduras: pepinos, tomates, berenjenas, y también frutas como uvas, manzanas y peras, y luego las recortaban. Las verduras y las frutas se pegaban en una lámina de dibujo. ¡Qué raras eran! El pepino era completamente verde, sin rugosidades ni bultos; la pera, amarilla y brillante, solo tenía de la pera, en realidad, la forma alargada. La más misteriosa era la berenjena, negra por completo, siniestra, inflada... Pero más misterioso resultaba aún el olor del pegamento, aquella pasta química, dulzona, que se te secaba en los dedos. Con ese mismo papel brillante confeccionaban también cadenitas, tapetitos y muchas más cosas... Para Mircea, todo esto suponía un suplicio, pero no era el único. Había que forrar, asimismo, los cuadernos con una lámina de plástico o de papel, y los suyos aguantaban bonitos y limpios más o menos tres días. Luego el papel se ensuciaba, se desgarraba, los bordes se doblaban... En cada hoja tenían que dibujar una línea roja a la izquierda y un dibujito arriba, una florcita, un pajarito, una manzanita... Las de Mircea no tenían dibujitos —no sabía hacerlos— ni línea recta, sino una inclinada en un determinado ángulo, en función de cómo hubiera colocado la regla de madera, llena de dibujos y manchas de tinta. Para dibujar tenían unos cuadernos más pequeños en los que le gustaba esbozar paisajes invernales, el árbol de Navidad adornado con espumillón, niños cantando villancicos de casa en casa. Pero no era capaz. Las casas las trazaba con la regla, algo que, no se sabe por qué, estaba prohibido. Los árboles eran unos rectángulos de los que brotaban ramas cargadas de manzanas. Lo que mejor le había salido era el cuadro de los cooperativistas arando con el tractor (el tractor se lo había hecho su padre), un dibujo para clase, pero estaba orgulloso de otro dibujo, realizado por gusto, en el que se enfrentaban unos tanques rusos, en los que ponía «URSS» (tenían también una estrella roja de cinco puntas), y otros alemanes, con una esvástica y unos soldados con

un casco como los alemanes de las películas. Ganaban fácilmente los soviéticos; de sus cañones brotaban chorros anaranjados, festivos, mientras que los tanques alemanes explotaban y de ellos brotaban nubes de humo. Mircea estaba muy orgulloso de cómo dibujaba los tanques, los mostraba simultáneamente de frente y de perfil, con las orugas llenas ruedas metálicas. También sabía dibujar pistolas y sus cuadernos, finalmente, acabaron llenos de pistolas de *cowboy*, con cargador y con un cañón largo. Si no tenemos en cuenta, asimismo, los retratos del libro de lectura, concienzudamente adornados con barbas, bigotes, gafas y cigarrillos en la comisura de la boca, hasta aquí llegaba más o menos el talento de Mircea para el dibujo. Pero la camarada inventó un buen día algo que superaría todo lo anterior. Los llamaba frisos y eran una especie de orlas complicadas que había que rellenar con cosas sorprendentes: cerezas, campanillas, formas geométricas, mariposas... Con el friso de las mariposas había llorado de rabia e impotencia. No le salían y se acabó. En verano, por la calle, cogía de vez en cuando una mariposa podalirio o una mariposa monarca y las clavaba vivas con un alfiler, convencido de que, de esa manera, llegaría a hacerse con una colección como la del museo Antipa. Pero nunca se había detenido a observar con atención cómo estaban formadas esas criaturas voladoras. Tuvo que mostrárselo su madre, que dibujó un cabeza redonda con dos ojos y dos antenas retorcidas, un cuerpo como un gusano anillado y luego, lo más importante, dos alas grandes y hermosas, con los colores más brillantes. En el friso no podía haber dos mariposas iguales. Finalmente, tras varias horas dibujando mariposas y más horas pintándolas con pinturas de colores, salió algo exultante, casi milagroso para aquel crío: las mariposas parecían vivas. Dichoso, al día siguiente se dirigió con ellas al estrado, pero la maestra torció el gesto y le puso como ejemplo las mariposas lívidas, que recordaban más bien a las langostas, de Cornelia Pena, la más lista de la clase. Sin embargo, Mircea colocó el friso en la pared de su habitación, junto al cuadro de la isla de Ada-Kaleh que tanto le gustaba.

«República vencedora —cantaban los niños, aguantando la risa ante las monerías de los abanderados—, eternamente florecerás, /

fuerte y protegida / por recios brazos obreros». Al final de la canción, la camarada Dogaru, que la había dirigido apasionadamente con sus dedos llenos de anillos, hizo un gesto como si hubiera atrapado una mosca al vuelo y los niños permanecieron callados como tumbas. Con un gesto de la ceja, la comandante, Pena, dio un paso al frente y, cuadrándose, le ofreció el informe a la camarada. La camarada se cuadró a su vez. Una brisa cálida, filtrada entre las moreras retorcidas del patio de la escuela (el año anterior Mircea había encontrado en uno de los huecos cientos de sacapuntas de plástico de colores brillantes: jirafas, tortugas, cochecitos, barriles transparentes...) penetraba en la clase junto con unas bandas de luz en las que flotaba el polvo. Pena hablaba tan deprisa, murmuraba las palabras aprendidas de memoria con tanta indiferencia que nadie entendía nada. Pero, después de escuchar el informe, la maestra se volvió hacia los niños con una expresión firme en el rostro y pronunció con solemnidad: «¡Por la causa del Partido, por la gloria de la República Popular de Rumanía, estad preparados!». A lo que los chavales respondieron con toda su alma: «¡Estoy siempre preparado!». «Queridos niños», dijo en un tono más reposado la maestra, pero Mircea no la escuchaba ya. Pensaba que volvería a casa con aquella corbata al cuello, que saldría al patio, que caminaría por la Alameda del Circo, bordeada de tilos, y toda la gente sentada en los bancos lo miraría con cariño. En casa, su madre y su padre lo besarían y saldrían los tres a alguna pastelería, él vestido aún de pionero, para celebrar el acontecimiento. Y no a cualquier pastelería, una de esas sucias y oscuras, con los cristales de las mesitas mellados, sino a la mejor del barrio, en Dorobanți, junto al Perla, donde los pasteles tenían por encima una cobertura de chocolate con nata y costaban cuatro *lei*. Había incluso otros, los *lotus*, de seis *lei* con cincuenta, pero esos eran inalcanzables. La madre elegiría una *savarina*, como de costumbre, y el padre, que había solicitado un día libre para celebrarlo con su hijo, un *cataif*, mientras que Mircișor, como recién salido de una caja, con boina, insignia, corbata roja y camisa blanca, almidonada, pediría un pastel de trufa para sentir el intenso aroma a cáscara de limón mezclada con una espesa crema de chocolate. Por

la tarde se cambiaría, profundamente apenado, el uniforme de pionero por la ropa de jugar, pero, cuando saliera a la calle, presumiría de su corbata ante el resto de los chavales. Cómo le habría gustado poder enseñársela también al Mendébil, pero aquel niño maravilloso desapareció de repente un buen día, junto con su extraña madre, infinitamente alta, dejando al grupo de chavales de la parte trasera del bloque sumidos en la pena y los remordimientos. Mircea se entristeció cuando recordó la última vez que lo vio, en el Portal 1, sobre el puentecito de piedra que conducía, por encima de la zanja, hasta la puerta tapiada, portando una máscara animalesca y protegiéndose como un diablo. También Mircea se encontraba entonces entre los críos que lo atacaron con una lluvia de piedras. También él vio cómo el niño caía, doblando la espalda hasta casi rompérsela, con los ojos en blanco, cómo su madre, envuelta en una bata de seda púrpura, corría entre ellos para arrebatárselo y desaparecer en el portal del bloque... Aquel pequeño grupo nunca volvería a ser el mismo. Sobre todo porque a la primavera siguiente el aspecto de su espacio de juegos en la parte trasera del bloque había cambiado por completo: habían tapado las grandes zanjas llenas de tubos, la cerca del molino, de hormigón armado, había sido desplazada hacia atrás con su puerta metal y todo, garabateada siempre con dibujos pintados con tizas de colores. Las camionetas de muebles tiradas por caballos eran ahora menos frecuentes, las habían sustituido unos camiones con grandes remolques cubiertos. Solo los mozos de cuerda seguían siendo los mismos; repantigados en algún sofá floreado, a la sombra, cubrían las mesas nuevecitas depositadas sobre el asfalto con unos periódicos pringosos y almorzaban allí mismo, debajo de los balcones, tomates con queso y huevos cocidos.

Encima del encerado les sonreía el camarada Gheorghe Gheorghiu-Dej con su cara de abuelete solitario. Cuando hablaban, en clase, sobre los héroes de la clase trabajadora y sobre los comunistas, la camarada lo ponía siempre como ejemplo de lucha y abnegación. Sin embargo, no estaba demasiado claro qué había hecho aparte de ser el dirigente del país. En los desfiles del 23 de Agosto y del 1 de Mayo (el del 7 de Noviembre no era tan importante,

porque, generalmente, llovía a cántaros y los manifestantes parecían pavos encurtidos), su retrato, adornado con flores de papel, era paseado por la muchedumbre junto con el de Chivu Stoica (un calvo) y el de Emil Bodnăraș, un hombre normal y corriente, sobre el que no había nada que decir aparte de la tentación de llamarle Bondăraș² y reírte del mote. Los otros eran héroes de verdad. El mejor de todos los había parecido siempre Efimie Croitoru que, subido en una barca, había golpeado con el remo una mina alemana. Murió él, pero la mina no destruyó el puente por el que tenía que cruzar el ejército rumano. En el dibujo del libro, la mina parecía un erizo enorme mientras que por el puente pasaban unas hormiguitas apenas esbozadas. También estaba, por supuesto, Vasile Roaită,³ que hacía sonar la alarma de la fábrica; sin embargo, Mircea no pensaba que el joven aprendiz hubiera hecho gran cosa. En la foto, Roaită, con la rabia pintada en el rostro, tiraba del mango de la sirena como se tira la bomba en el váter. Olga Bancic había hecho, asimismo, algo importante: al parecer, la habían torturado los alemanes y, al parecer, tenía una hija pequeña en casa que esperaba a su madre y esta no llegaba. Pero no soltó prenda, no traicionó a sus camaradas. Y había muchos más a los que también habían estudiado en la escuela. La camarada procuraba siempre hacerlos llorar, utilizaba a veces un tono terriblemente lastimero al hablarles de la capacidad de sacrificio de aquellos héroes. En clase de música cantaban «En el banquete pide el oso» o «En la casita de avellanas», pero al final acababan siempre con las canciones sobre la Doftana, una cárcel en la que, al parecer, habían estado todos en celdas H, eran unas canciones arrastradas que te ponían la carne de gallina: «Suena la campana en la Doftana, / grita una voz ronca, / es siempre la misma triquiñuela, / alguien es torturado de nuevo». Solo que esa palabra, triquiñuela, no la había

2. Juego de palabras: *bondar* significa «gordinflón».

3. Fue un trabajador de los ferrocarriles rumanos mitificado como ídolo proletario bajo el mandato de Gheorghiu-Dej por haber tocado la sirena que dio paso a la huelga general.

escuchado nadie y ni siquiera la camarada había sabido explicársela. No era muy buena con las explicaciones. Cuando estudiaron a Preda Buzescu y llegaron a los versos «El *han* tártaro sacó una pequeña hoz / y al golpear a Preda su pavés estropeó», no supo explicarles qué era el pavés (incluso Mircea sabía que significa «escudo») y les dijo que significa «confianza». Había otra canción sobre la Doftana, «Miro desde los barrotes de la Doftana», en la que en determinado momento se decía: «Es el cielo bajo el cual, encerrada también ella, sufre mi camarada». ¡Qué jaleo se montó en clase cuando Racovița dijo «mi novia»! La maestra lo plantó delante de los demás y lo tuvo una hora entera en el rincón con los brazos en alto. ¡Qué vas a esperar de Racovița! Si la camarada hubiera sabido lo que canturreaba él en los recreos... Solo tonterías, muchas estrofas con cochinas. Toda la clase se arremolinaba entonces en torno a su pupitre y se partían de la risa. Pero no estudiaba absolutamente nada. Cuando escribía en la pizarra, los renglones subían y acababa escribiendo de puntillas.

En la hora de lectura se hablaba siempre del periodo anterior a la guerra, que debía de haber sido bastante feo, porque la gente vivía en la época burguesa-señorial, los terratenientes y los dueños de las fábricas por un lado, todos muy malos, que no trabajaban pero que vivían muy bien y, por otro lado, los trabajadores y los campesinos, que trabajaban desde el alba hasta el ocaso, pero de cuyo trabajo se beneficiaban los señores y los burgueses. Estos últimos estaban muy gordos, mientras que los primeros aparecían dibujados con los músculos marcados, tenaces, pero un tanto escuálidos. Era normal, si es que no tenían qué llevarse a la boca... En una redacción, Mircea había presentado a los hijos de los trabajadores de entonces como se los imaginaba él: harapientos, sucios, jugando en el barro delante de unas casuchas miserables. Pero no estaba bien. La camarada lo escuchó hasta el final y luego le dijo que no era así: los hijos de los trabajadores iban ya muy limpios incluso en esa época y tenían la ropa muy cuidada. Incluso aunque se les cayera algún botón, su madre lo cosía al momento con sus manos diligentes...

Durante la guerra, el ejército rumano había luchado junto a la armada soviética en contra de los fascistas. De hecho, al enemigo

se le llamaba de muchas maneras: alemanes, teutones, fascistas, hitleristas... Aunque era lo mismo. «Se han peleado los alemanes y los teutones y han ganado los fascistas», decían a veces los críos en broma. En casi todas las películas que se proyectaban en el centro se veía cómo los alemanes, con sus cascos extraños, con una especie de protector para las orejas (mientras que los rusos tenían unos cascos que parecían un melón partido por la mitad), llegaban en motocicletas con sidecar, se apeaban rápidamente y empezaban a disparar con los máuser que llevaban colgados del pecho. Pero enseguida acababan con ellos los rusos, de rostros duros y firmes. Cuando morían, los alemanes se llevaban las manos al vientre, lanzaban una especie de «¡ahhhh!» ridículo y caían todo lo largos que eran. Cuando guiaban columnas de prisioneros, los golpeaban con la culata del rifle y les gritaban siempre: «¡*Schnell, schnell!*». Sus comandantes, con cruces de hierro al cuello y cascos muy alargados, aullaban siempre como descerebrados. El peor había sido Hitler, con su cabello liso y su descarado bigotito. En el libro de lectura de Mircea, muchos de los retratos de los escritores se habían transformado en Hitlers. El signo más terrible era la esvástica. Solo los chavales más traviesos dibujaban esvásticas en la pizarra, con tiza, pero las borraban al instante como asustados por su propio coraje. «¡Camarada, fulano ha dibujado una esvástica en la pizarra!», decía alguna chivata al principio, pero esos chivatazos cesaron enseguida porque la maestra le gritaba a la niña como si con solo pronunciar la palabra se hubiera pringado también ella. Lo mismo hacía la camarada Dogaru cuando alguien venía a su mesa y le confesaba: «¡Camarada, Mengano ha dicho vete a tomar por culo!». Los tanques de los alemanes eran asimismo distintos a los de los rusos, eran cuadrados mientras que los de los rusos eran redondos. Sus aviones, los stuka, caían en picado y se elevaban también bruscamente. Siempre ganaban los rusos, buenos y valientes. Los alemanes eran unos simples invasores.

Los rumanos se liberaron de los fascistas y, a continuación, el 30 de diciembre de 1947, echaron al rey. Entonces se proclamó la República Popular de Rumanía. Al rey lo expulsaron del país los comunistas, que se habían hecho con el poder. Expulsaron también

a los terratenientes y a los propietarios de las fábricas, y ahora era como en la canción: «Hermanados con los campesinos, / los trabajadores cantando y bailando / celebrarán por siempre / la libertad en el mundo». Pero sin los soviéticos no habrían hecho nada, pues estos habían liberado su país. Incluso el himno nacional decía: «Hermano será siempre nuestro pueblo / del pueblo soviético liberador». Para Mircea, la palabra *soviético* era una de las más bonitas, tenía un brillo de seda púrpura. Todo lo que era grandioso, generoso, lleno de valor, resultaba ser con toda seguridad soviético. En los cascos de los astronautas ponía «CCCP», que significaba «URSS». En primer lugar, mandaron al espacio unos perritos, Strelka y Belka, luego la más lista, Laika. Siguieron Yuri Gagarin y Valentina Tereshkova. ¡Qué bien que existiera la Unión Soviética! Una tarde, después de acabar los deberes, a Mircea se le ocurrió una idea. Cogió un atlas en el que aparecían los mapas de todos los países del mundo (lo había traído su padre de la redacción del periódico y había quedado olvidado en una cómoda antigua) y lo abrió por el final, donde se podían encontrar toda clase de datos sobre cada uno: cómo se llamaba, qué población tenía, cuántos ricos, cuáles eran las ciudades más importantes... Se puso a calcular, con mucho esfuerzo, el número total de los habitantes de los países comunistas por un lado y el de los capitalistas por otro. Calculó que eran comunistas todos los que incluían en el nombre palabras como «democrática», «popular» o «socialista». ¡Encontró muchos más de los que se esperaba: en África había un montón! Al final resultó que dos tercios de la población mundial estaban de parte de la Unión Soviética, así que, en una guerra, los capitalistas no tendrían nada que hacer. Mircea estaba exultante: ¡el comunismo sería, con toda seguridad, el futuro de la humanidad! Fue corriendo a mostrarle los resultados a su padre, al que encontró leyendo el periódico, en calzoncillos, sentado en el sofá del salón. En la última página aparecía una enorme caricatura de Tshombe. Mircea conocía muy bien a aquel negro asesino. Todas las caricaturas eran solo con él. Su padre quedó boquiabierto, pero luego atemperó un poco el celo del chaval y le dijo que no todos los países llamados «populares» o «democráticos» eran verdaderos estados

de los trabajadores y los campesinos. En cuanto a la guerra, esta no tendría lugar, pues precisamente los trabajadores y los campesinos de los países capitalistas derrocarían a los terratenientes y los dueños de las fábricas. A fin de cuentas, eso tampoco estaría tan mal, pensó Mircea, pero regresó a su habitación bastante abatido. Puesto que se había puesto manos a la obra, hizo todavía algo más: rayó con un lapicero rojo, en el gran planisferio del centro, la superficie de todos los países comunistas. Ahora se veía bien que su superficie sobrepasaba a la de los otros. De cualquier manera, no estaba mal.